



Año XLVII

Orihuela 15 Mayo de 1929  
Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Num. 1090

## Las tradiciones

¡Las bellas tradiciones!

¡Cuando han penetrado en el alma y se convierten en sustancia popular no hay más que rozarlas y despertarlas para que, como las flores que se abren, exhale su aroma y perfumen el ambiente y reaviven el entusiasmo de las multitudes...!

Rusia es un pueblo creyente...

Ni la tiranía de los zares ni las ne-  
gruras del cisma pudieron matar la sa-  
via evangélica ni apagar la luz cristia-  
na de aquel pueblo.

La tiranía bolchevique más dura  
que la de los zares, tampoco ha logra-  
do anegar en sangre las creencias cris-  
tianas de los rusos.

Los bolcheviques han querido in-  
plantar el ateísmo no sólo en las leyes  
sino en el corazón de las gentes.

Con las matanzas y las cárceles y  
los destierros van juntas campañas in-  
tensísimas de propaganda contra  
Dios.

Las fiestas más solemnes del cristia-  
nismo son aprovechadas por ellos pa-  
ra sus predicaciones impías.

Era el día grande de la Pascua de  
Resurrección...

Lucía espléndido el sol, entibiando  
el aire frío, después de un invierno  
crudo.

Un orador de los más elocuentes y  
fogosos de la revolución había llegado  
para hablar a la muchedumbre con-

gregada. El tema era demostrar que  
Jesucristo no había resucitado.

El orador habló con calor, con viva-  
cidad...

La muchedumbre callaba... Por fin  
el orador se adueña del público el cual  
aplaude, aplaude y ríe; ríe y aplaude...

El orador termina diciendo: Jesu-  
cristo murió y no resucitó...

Un hombre viejo pide la palabra.

—¿Puedo replicar al orador?

Unos gritan que sí; otros que no; el  
orador bolchevique dice que sí. Enar-  
decido por los aplausos espera obte-  
ner un nuevo triunfo.

El hombre viejo sube a la tribuna:  
es un sacerdote, que no ha podido re-  
sistir las blasfemias y renunciando al  
incógnito se presenta al pueblo...

Un escalofrío sobrecoge a la mu-  
chedumbre.

¡Va a hablar...!

El pueblo ruso guarda una piadosa  
costumbre para el saludo en la Sema-  
na de Pascua.

Durante toda la Semana de Resu-  
rrección el saludo popular es este:

—¡Cristo ha resucitado!

A lo que se contesta:

—Sí, verdaderamente ha resucitado.

Frase breve y muy armoniosa en  
lengua rusa...

El sacerdote está ya en la tribuna.

Hace una inclinación profunda.

Se yergue y traza la señal de la San-  
ta Cruz. La besa..., y con voz vigorosa,  
pontentísima, clara, dice:

—¡Cristo ha resucitado!

El auditorio electrizado contesta en  
grito unánime, ardoroso, viril...

—Sí, verdaderamente ha resucitado.

Volvió el sacerdote a hacer la señal  
de la cruz y a besarla, y rápidamente  
desapareció entre la multitud, mien-  
tras el orador bolchevique permanecía  
atónito, sin acción y sin habla...

«La Stampa de Turín» pone a la no-  
ticia el siguiente comentario: «El pue-  
blo cristiano posee bellísimas tradi-  
ciones, llenas de fe; que ponen en gra-  
vísimos apuros a los adversarios de la  
Religión»

L. Almarcha

## En la Inspección de Policía

Un Chauffeur: *Vengo a depositar  
aquí veinte mil duros, que me he en-  
contrado en mi automovil...*

—¿Ha dicho V. veinte mil duros?

—Veinte mil duros en billetes con-  
tantes, como estos...; un señor a quien  
he conducido en mi coche y al cual no  
conozco los ha dejado abandonados...

—Muy bien. Es Vd. un ciudadano  
honrado...

La noticia llega a la calle...

—¡Un conductor ha entregado en la  
Inspección de Policía veinte mil duros  
que se ha encontrado!

Estupefacción general.

—¿Veinte mil duros encontrados y  
devueltos?

—¿Y no se los ha guardado?

—¿Y si lo detienen por ladrón?

—¿Y por qué no ha huido?

## ¡Carlos...! ¡Hay Dios?

(Histórico)

—¡Veinte mil duros son la felicidad de un pobre!

—¿Y no ha llorado, por lo menos, al entregarlos?

—No. Le hemos visto y tenía cara de hombre satisfecho....

—¡Aquí está el héroe...

—¡Miradlo qué contento!...

—¿Se ha encontrado V. veinte mil duros y los ha entregado?

—Sí, ahora vengo de ello...

—¿Y no ha dudado V. en quedarse?

—No.

—¡Yo no los devuelvo!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—Pues yo sí, porque así he cumplido con mi deber y con mi conciencia.

*Todos han callado...*

*¡El deber y la conciencia!*

*Dos cosas en las que no habían pensado...*

*Un comentario posterior...*

—Ese hombre ha renunciado a la felicidad.

—No. Ese hombre teniendo conciencia, si se guarda los dineros hubiera sido infeliz. La conciencia le hubiera atormentado noche y día diciéndole:

*¡Eso no es tuyo!*

—Es verdad.

—La conciencia y el robo no pueden vivir juntos.

—¡Luego la conciencia es algo muy serio!

—Es el mejor tribunal que hay en el mundo; es el tribunal de Dios...

*Cuando no hay conciencia los veinte mil duros y aun menos no están seguros ni en las arcas de caudales, ni en las carteras escondidas, ni con revolver montado; cuando hay conciencia se pueden dejar olvidados en un coche de punto...*

—¡La conciencia...!

*El hecho a que nos referimos es cierto y ocurrido en Madrid. A. H.*

*La conciencia es cristiana; conforme se apaga la Fe, se debilita la conciencia.*

*Donde no hay Fe, no hay Ley de Dios y donde no hay Ley de Dios no hay conciencia.*

Largo, flaco y amarillo, era ya un esqueleto antes de morir... un esqueleto con ojos todavía brillantes, con una última luz vítrea en el fondo de las órbitas negras.

Su mujer va y viene presurosa, atenta, ordenando las redomas inútiles en el cuarto, sentándose un instante, mirando a su marido, levantándose luego por necesidad de moverse, de parecer que hace algo, en medio de esa inmensa impotencia del hombre ante la muerte.

El aguarda... lo que debe venir.

El espera, no como cristiano, ni aún como el pagano antiguo que creía en el Tártaro y en los Campos Elíseos; no como el salvaje que aguarda después de morir las praderas inmensas y las casas eternas; no como el musulmán fatalista, que suspira por el paraíso de Mahoma en que ha de habitar; ni siquiera como el hombre, sea como fuere, con tal que sea hombre.

Ese cadáver, que lo será dentro de un instante, no es un hombre.

Ese esqueleto vivo es un... socialista.

Ha pesado todo con mucha calma y sangre fría.... ¡Dios no existe! ¡No hay nada más allá de la tumba!... Comprendido... terminado... visto.

\*\*\*

Así, su mujer, aquella noche, sintiendo subir la crisis, la carga suprema de la muerte para arrojar aquel pingajo humano en la eternidad, le dijo con entonaciones de voz que hubieran ablandado a un tigre:

—¡Querido, vas a permitirme que llame a un sacerdote?

—No, respondió él entre sus labios exangües.

—Por darme gusto...

—Todo, menos eso.

—Pero es que vas a aparecer ante Dios.....

—¡No hay Dios!

—Puedes equivocarte, y sería espantoso en tal momento.

—¡Yo no me engaño nunca, jamás!

Pronunció estas palabras lentamente, con una sencillez orgullosa, de un

modo preciso, como una especie de agua fuerte del idioma.

—Sin embargo—exclama la mujer que se agarra a todas las ramas.

—Sin embargo ¿qué?

—¡Que si lo hubiera!

—Entonces, dijo el esqueleto, procurando encontrar la expresión de una madre que accede a las debilidades de un hijo perezoso, entonces, volvería a decírtelo..... Ahora quiero que me dejes tranquilo!

\*\*\*

Fué su última palabra.

Muy fatigado, el moribundo se envuelve en su mutismo; siguiendo atentamente el trabajo de disolución que se opera en él.

En el pobre pingajo de su cuerpo, la vida y la muerte se baten. Sudores horribles defienden la vida, buscando la manera de echar por todas las puertas de salida los elementos vencedores de destrucción. Pero la muerte se impone, gana terreno anunciando su llegada por largos escalofríos que sacuden el cuerpo, como el viento de otoño sacude en la punta de las ramas las hojas secas para arrojarlas a la gran renovación de la tierra.

Toda esa labor la sigue el esqueleto... Va a concluirse la gran carrera; se aproxima la suprema estación. No deben quedar más que algunos minutos para el irremisible salto en la nada....

El instintivamente, como un obrero que recoge sus instrumentos al concluir su trabajo extenuador, el esqueleto se pone a pellizcar el embozo de la cama con sus largos dedos huesosos, plegados como ganchos al extremo de los rígidos brazos.

Pellizca las sábanas durante una hora con un movimiento regular, casi metódico, como para no dejar aquí abajo ni una migaja de su vida... Luego, súbitamente, uno tras otro, lanza tres grandes suspiros en la noche, como el que traga algo, demasiado de prisa, atragantándose...

Se había concluido todo: Eran los dos de la madrugada...

\*\*\*

Su mujer entonces cae de rodillas, abismándose en una larga oración en-

## CASOS Y COSAS

Pasó el 1.º de Mayo...

Con baños de sangre en Berlín; con baños de vino en París y con baños de sol en España.

En Berlín ha habido centenares de muertos y heridos; en París treinta mil policías han puesto a buen recaudo algunos millares de comunistas metiéndolos en las cárceles donde han estado bien provistos de comida y bebida y a los demás no los ha dejado salir de las tabernas y bares en donde se han alegrado a placer; en España, más modestos y tranquilos, excepción hecha de algunos exaltados mal avenidos con el trato de favor que se les da, han salido a merendar en el campo y a entonarse el sol...

Entre los baños de Berlín y de París y los de Madrid, son preferibles, a luces vistas, los de España...

Y ahora que nos digan, qué libertad es preferible, la de Berlín para matarse, la de París para ser encerrado, o la de España para merendar...

La labor informativa de la prensa con la relación de crímenes no podía llegar a menos.

Ni los hechos más trascendentales que influyen en la marcha del mundo, merecen el espacio que en la prensa ha hallado ese horroroso crimen de Barcelona en que un hombre decapitado fué facturado a Madrid.

Páginas y páginas, días y días, se le dedican.

¿Por qué?

¿No bastaría una gacetilla, a lo sumo?

¿Se trata por ventura de coadyuvar a la acción de la Justicia?

¡Quiá! Eso lo dicen por vergüenza algunos periódistas que se sonrojan del papel que están haciendo.

¿De qué se trata?

Pues de cosa muy vulgar: de llevar perras gordas al cajón de la administración.

Unos obreros conscientes han escrito la siguiente hermosa historia.

Después del Tratado de Letrán, en que fué reconocido el Estado Ponti-

ficio y creada la nueva Ciudad Vaticana, se ha dado comienzo a la construcción de la estación ferroviaria para el Papa.

Llegó la hora de empezar los trabajos.

Brigadas de obreros se habían congregado allí.

Uno de ellos se adelanta al Capataz y solicita el privilegio de dar el primer azadonazo.

Le es concedido.

Y el obrero, se arrodilla, se santigua, y ora...

Otros obreros le acompañan también...

El momento es de emoción.

De rodillas aún el primer obrero da el primer golpe y cava y remueve la primera tierra.

Los demás le imitan.

Es un acto de amor y adhesión al sucesor de Pedro, que habrá resonado agradablemente en el corazón de Pío XI.

Jesús, el obrero de Nazaret, cuyo triunfo pregona la alta cúpula vaticana, estaría complacido entre aquellos hombres, trabajadores como los pescadores del Tiberiades y de fe como sus primeros discípulos...

A. Hernán

## Año Santo extraordinario

*El Romano Pontífice Pío XI, con motivo de su jubileo sacerdotal ha concedido la gracia singularísima del Año Santo extraordinario que se podrá ganar durante todo el año presente hasta el 31 de Diciembre, lucrándose indulgencia plenaria en forma de jubileo universal y otras parciales, v. g.; siete años y siete cuarentenas cada vez que se ore, a intención del Papa, ante el Santísimo, aunque esté cerrado el sagrario, y plenaria si ellos e hace durante una semana.*

*Las condiciones para ganar el Año Santo fuera de Roma, son:*

*Ayunar dos días en el año con abstinencia de carnes (además de los preceptuados por la Iglesia)*

*Hacer una confesión y comunión (fuera de la pascua).*

*Dar, según sus medios y consejo del*

trecortada de hipos. Le cierra los ojos, y ayudada de la criada le hace la mortaja suprema antes de que el cuerpo pierda el calor bajo el hálito de la muerte.

—Ahora, dice a la criada váyase a acostar, María; yo permaneceré aquí velando.

—¿La señora se va a quedar sola aquí?

—Sí.

Pero...

—Yo la llamaré, si la necesito...

Cuando se marchó la criada, cerciorándose por sí misma de hallarse completamente sola en la estancia fúnebre, inclinóse la mujer sobre su marido, le besó en la frente, en aquella frente tras de la cual el cerebro yacía ya helado, y le dijo, en la pieza llena de sombra:

—¡Carlos!... ¡Me has dicho que volverías, si hubiera Dios!... ¿Lo sabes ya Carlos? Respóndeme.

El cuerpo rígido y tendido en la cama, permaneció inmóvil.

—¡Carlos!, repitió la mujer, con una aterradora tenacidad de pensamiento:

Igual quietud.

¡Carlos!... ¿Hay Dios?

Entonces, cosa horrible, se alza uno de los párpados del muerto, lentamente, como si levantara un peso sobrehumano; después se alza el otro...

Y cuando ambos ojos se abrieron de par en par, detrás de las pupilas vidriadas parecía encenderse un resplandor, crecer, rojear... Se creería en un hálito del infierno... La cosa no duró sino algunos segundos... segundos horribles... y al fin de todo... se apagó...

\* \* \*

Cuando al día siguiente, muy temprano, la criada penetró en la habitación, chocó con la punta del pie en el cuerpo de su ama, arrojado a lo largo, desvanecido y atravesado en la puerta, con la cabeza sobre el piso entarimado.

La criada pidió auxilio a una vecina, luego a otra, después a un sacerdote que se disponía a decir la primera Misa en la parroquia. Y a este sacerdote fué a quien contó aquella señora, lo que yo acabo de referir.

Pierre L' Ermite

confesor, alguna limosna para alguna obra pía.

Hacer dos visitas, en un día o en distintos, a tres iglesias designadas por el ordinario.

El jubileo, en cuanto a la indulgencia plenaria, se gana cuantas veces se repitan las condiciones expresadas.

## Las dos Madres

(Cuento de Gatos)

Aunque me la haya contado un poeta, téngola por historia y no por cuento, que es hombre tan veraz el narrador que ha de tenerse por cierto y realmente sucedió cuanto él diga, como si tal poeta no fuera.

Lo humilde de los sujetos entre quienes pasa el suceso no será motivo de excusar en su relato un grave y decoroso estilo, pues aun si se tratara de otra clase de animales pudiera haber para ello alguna razón; pero sabido es que a los gatos abríoles há tiempo las puertas del Parnaso, si es que allí puede haberlas, tal mano y con pluma tal, que todavía, no vuelto de su pasmo el mundo, está esperando las que a aquellas hayan de igualarse.

Si pues, Lope no tuvo en poco, ni por indigno de su genio, cantar de gatos, mal haría en tenerlo el que esto estribe, al cual, si no es ya que marren algunas señales que se han visto, pienso yo que algo le falta para llegar a Lope.

Y digo, viniendo al caso, que pasó éste una ciudad de Levante, aunque lo mismo hubiera podido ocurrir en una del Poniente, ya que en todas verá cada día el sol a algún racional que presume de saber enmendar la plana a la Naturaleza, a la cual tenemos muchos por averiguado que se las dicta todas la Providencia.

Va esto contra la necia costumbre de despojar de parte de sus tiernos michines, y aun de todos a la michina que les ha dado el ser, dando por seguro los que tal hacen que no había de poder esta sustentarlos a todos.

Eran las de mi historia dos gatas vecinas. La una limpiaba de ratones el piso segundo, y la otra el tercero. Y quiso la suerte que el mismo día, y casi a la misma hora, nacieran de cada una cuatro y cinco gatitos, respectivamente.

A la del segundo giso la dejaron un solo hijo que amamantara, y tiraron los demás por el balcón o por no sé donde. Con la de arriba aun anduvieron más crueles sus amos, pues no la dejaron hijo ninguno.

Mal que bien, y aunque hubieran deseado tenerlos a todos, pues nunca una madre tuvo hijos de sobra, la gata de abajo iba pasando su duelo, instalada en un holgado cajón con mullida de aserrín, y lame que te lamerás, como si fuera de dulce, a su gato infante. Mas la de arriba no se consolaba de aquel su total despojo, y al siguiente día de haber sido madre, y de haber dejado de serlo (que tan diversos casos es capaz de colocar en sólo el espacio de una hora la barbarie humana), ya andaba por la casa poniendo el maullido en el cielo y buscando por rincones y alacenas rastros de su cara familia.

Debió al fin convencerse de lo inútil de sus pesquisas por aquellos lugares, y, aprovechando hallarse abierta la puerta de la escalera, lánzose a ella, sin dejar de estremecer el aire con aquellas voces, que, en su gatuno idioma, deberían ser terribles maldiciones y amenazas. Así llegó frente a la puerta de su vecina, y, como la hallase franca, por ella se coló lindamente, como ya más de una vez lo había hecho, dirigiéndose a la cocina, en uno de cuyos rincones paraba la otra madre, más feliz aunque fuera bien desdichada.

Púsose ésta en pie en cuanto a la intrusa, e instintivamente tomó la actitud de proteger a su hijo. Claro está que en la gata visitante no cabía el error de tomar al pequeño Micifuz por uno de los que a ella le habían sido robados pero, ya por que no pudiese tolerar ver a nadie dichoso, natural flaqueza de todo desesperado, o ya por que su engrunada ternura materna necesitara a toda costa en quien usarse, ello es lo cierto que se dirigió en actitud hostil hacia el cajón-cama, decidida a disputar a su compañera aquel único tesoro que la habían dejado.

De como le defendería la verdadera madre puede juzgar cualquiera, como de la lucha que entre ambas desde aquel punto y hora quedó entablada.

Atronaban en el aire los maullidos, volaban pelos de ambas contendientes, gemían las tablas del cajón y movíase todo él de un extremo a otro de la estancia, con tal estrépito y baraúnda que la gente toda de la casa hubo de reunirse a inquirir la causa de aquel alboroto. Y sólo a palos pudieron separar a los dos furiosos animales y lograr que la gata retadora huyese hasta su piso.

Los niños del en que ocurrió la descomunal batalla, diéronse, de compadecidos, a mirar por su pobre Zapagilda y a sanarle las heridas, que vieron que eran muchas, y, según lo que a ellos se les alcanzaba, peligrosas todas, tanto que bien creyeron que no tardaría la infeliz en sucumbir víctima de ellas.

En tal guisa hubo de transcurrir la noche. Quejábase la pobre gata cada vez menos; mas no parecía ello señal de que iban aliviando sus tormentos sino más bien de que se le acercaba más andar aquella gran aliviadora de todo mal a que comúnmente llamamos muerte. Poco después de haber amanecido vióse, sin embargo, al mal parado animal alzarse del cajón y, tomando suavemente en la boca a su hijo, con grandes trabajos ganar la escalera y subir al domicilio de su enemiga.

Recibióla ésta de mal talante, como de quien se dispone a continuar la refriega, de la cual apenas había ella sacado algunos leves arañazos; pero bien pronto debía desarmarla de su furor la actitud dolido y humillante de aquella madre sin ventura, que venía a depositar a los pies de su rival aquella prenda, en cuya defensa había aventurado la vida. La infeliz, sintiendo sin duda que se acercaba su fin, había querido proporcionar a su hijo una nueva madre que le amparara y criara.

E hizo bien en procurársela con tanta diligencia, porque no bien la gata de arriba hubo empezado a lamer amorosamente al gatucito como en señal de prohibirle, la gata de abajo cayó muerta en el mismo dintel del aposento en que vino a tener desenlace aquel tremendo y nunca imaginado drama felino. *Enrique Menéndez Peláez*

*Imp. La Lectura Popular.—Ortiz*